

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL AGRADECER DISTINCION
OTORGADA POR EL "INSTITUTE OF THE AMERICAS"

SAN DIEGO, 11 de Mayo de 1992.

Señoras y señores:

Con profunda emoción he escuchado sus palabras al darme a conocer este acuerdo del directorio del Instituto de las Américas, para otorgarme esta distinción.

Agradezco profundamente este Premio. Para mí es de muy hondo significado. No creo que mis merecimientos personales lo justifiquen. Lo entiendo como el respaldo a un pueblo que ha amado la libertad y ha luchado por defender la dignidad humana; de un pueblo que ha sabido privilegiar lo que lo une por sobre sus diferencias, para transitar pacíficamente del autoritarismo a la democracia; de un pueblo que está empeñado en construir un destino mejor para nuestra América.

Recibo con emoción este reconocimiento en nombre del pueblo de Chile, y creo que él alcanza a todos los demócratas chilenos que luchamos durante años por asegurar el restablecimiento y consolidar luego esa democracia en nuestra Patria.

Quiero en esta oportunidad expresar a la vez mi profundo reconocimiento, y el de mis compatriotas, por la cooperación que en todo momento recibimos, en forma de estímulo, de aliento, en esa lucha por la libertad de la democracia, de parte del Instituto de las Américas.

Quisiera en esta ocasión compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el proceso de democratización que vive nuestro continente, a partir de la experiencia chilena.

Yo sé que son muchos quienes acá en Estados Unidos de América y en otros lugares del mundo, se preguntan si la democracia puede ser estable y echar raíces profundas en América Latina, o si las condiciones y características que Iberoamérica ha demostrado a lo largo de su historia, y las circunstancias económico-sociales y la presencia de tendencias militaristas pudieran constituir una amenaza que no haga viable una democracia perdurable en los países de nuestro continente.

Yo quiero, al respecto, decirles que estoy firmemente convencido de que quienes tienen dudas acerca de la viabilidad de la democracia en América Latina, están equivocados. No hay nada, en la esencia de nuestros pueblos, que les impida vivir en democracia.

Se me dirá tal vez que los recientes sucesos de Venezuela y, en especial, de Perú -justo cuando Latinoamérica parecía vivir un proceso de democratización inédito en su historia- han echado una sombra de incertidumbre sobre el futuro democrático de los países latinoamericanos.

Los hechos que han sacudido a esas naciones nos muestran que para algunos el militarismo sigue siendo una opción mejor dotada que los procedimientos democráticos para enfrentar los desafíos pendientes y arbitrar las soluciones idóneas.

No obstante, nuestra experiencia nos ha demostrado lo contrario.

Personalmente, creo el que el gran problema para la existencia y la consolidación de la democracia en nuestras naciones, está en la pobreza que afecta a millones de seres humanos, que impide a las grandes mayorías acceder al progreso. Y nos vemos envueltos en un círculo vicioso, porque al mismo tiempo el militarismo y el populismo, que han azotado con frecuencia nuestro continente, se han mostrado ineficaces para enfrentar este gran desafío.

Los demócratas de América Latina hemos aprendido de estos ciclos perversos y estamos conscientes de que la fórmula populista y la militarista son tentaciones que debemos resistir con la misma firmeza. Al final, ellas no son más que dos caras de la misma moneda, la moneda de la inestabilidad política, del atraso

económico y de la frustración social.

Es cierto que llevar a cabo un programa democrático de desarrollo supone tensiones y es, sin duda, una tarea compleja y difícil. Sin embargo, optar por el militarismo o por el populismo es intentar resolver tales tensiones por el expediente fácil de acallar disidencias o polarizar discrepancias, reprimir demandas o exacerbar expectativas, eliminar derechos u olvidar deberes, suprimir instituciones democráticas o ahogar la sociedad y colapsar al Estado. Y el remedio termina siendo peor que la enfermedad.

Es por ello que en Chile estamos intentando un camino distinto: un desarrollo que requiere de la democracia para alcanzarlo. Estamos conscientes de que el crecimiento económico es un objetivo ineludible, y mi Gobierno así lo persigue. Pero también sabemos que el crecimiento por sí solo no es suficiente, que no se basta por sí mismo. El desarrollo requiere incorporar la noción de equidad social y no puede dejar a un lado la vigencia de los derechos civiles y humanos básicos. Sin criterios de justicia, sin respeto a la dignidad humana, el crecimiento no pasa de ser algo efímero.

Muchos miran hacia nuestro país con asombro y hablan, en estos días, del "modelo chileno". Sentimos legítimo orgullo del proceso que estamos viviendo, pero no somos tan fatuos para creernos modelo de nada y para nadie. Lo que estamos haciendo en Chile se ajusta a nuestra tradición histórica y a los anhelos de nuestro pueblo para asumir los desafíos de hoy y de mañana.

Aprendimos en el dolor la importancia de construir y mantener una alianza social y política de mayoría, después de intentos sucesivos de imponer, desde gobiernos de base minoritaria, planificaciones globales con las que buena parte del país no estaba de acuerdo.

Después de años de política autoritaria, hemos tenido que reinventar un estilo político que respalde la convivencia democrática con la negociación y el acuerdo, y que no lo mine con prácticas confrontacionales que en el pasado nos condujeron al quiebre de la democracia.

La defensa de intereses parciales no debe nublar la convicción de que ellos no son exclusivos y de que hay un bien común, tal vez de contornos difíciles de delimitar, que no puede sino estar basado en el consenso.

La vida enseña que los bienes los apreciamos más cuando los perdemos. Vivimos habituados a tener aire, y el temor a la asfixia cuando falta el aire nos hace valorizar su importancia. Es cuando se pierde la libertad y cuando se pierde la unidad nacional y unos se imponen sobre otros por la fuerza, y el país se divide en amigos y enemigos, que se aprende a valorizar más que nunca el significado de la libertad y la necesidad del entendimiento.

Esto es lo que vivimos en Chile, y la experiencia, primero, de confrontaciones políticas tras ideales que nos dividían profundamente, en torno a esquemas ideológicos que cada uno creía que representaban la verdad y el camino acertado, y que nos condujo al fraccionamiento de nuestra sociedad, a la ingobernabilidad en el país y al derrumbe del sistema democrático. Y luego, el sufrimiento tremendo de tantos años de autoritarismo, en que se violaron los derechos humanos, en que la convivencia nacional fue turbada por la división del país en amigos y enemigos, en que el odio prevaleció sobre la solidaridad nacional, dieron como fruto que en la conciencia de la inmensa mayoría de los chilenos hoy los valores de la libertad y de la búsqueda del entendimiento nacional prevalezcan por sobre cualquier otra consideración.

El proceso con el que estamos comprometidos refleja el esfuerzo de mi Gobierno y de nuestro pueblo por subsanar las deficiencias y corregir las desigualdades producidas por la implantación forzosa del esquema neo-liberal a los problemas del desarrollo de Chile. Es cierto que dicho esquema tuvo logros, pero careció de legitimidad democrática y fue insuficiente y sesgado. La modernización del régimen autoritario estuvo marcada por el signo de la exclusión y la marginación de las mayorías.

Por ello hemos impulsado una política que combina continuidad y cambios. Continuidad, porque desconocer que el sistema de mercado se alza hoy como la alternativa más adecuada a los problemas del desarrollo económico es carecer de realismo. Cambios, porque sostener que la economía de mercado no admite otro manejo que el neo-liberal es puro ideologismo.

Países como los nuestros, donde subsisten profundas desigualdades y que poseen aún grandes segmentos de población sumidos en extrema pobreza, deben optar por un camino que concilie la búsqueda de un crecimiento constante y sustentable con la necesidad de justicia en las relaciones sociales, sin lo cual no puede haber estabilidad ni paz social.

Compartimos la idea de que la iniciativa privada es motor básico del crecimiento. No nos preguntamos si debemos incorporarnos o no al comercio mundial, sino cómo debemos hacerlo.

Estimulamos y profundizamos la apertura de nuestra economía para incorporarnos creativamente a las nuevas corrientes mundiales, de acuerdo a los retos del futuro. Aceptamos la necesidad de formular nuevas estrategias de desarrollo e integración internacional que respondan a esa perspectiva.

Al mismo tiempo, sostenemos con convencimiento que el Estado, debe cumplir una acción eficaz que permita a los desposeídos incorporarse a los beneficios del desarrollo. Una vida digna, la salud, la vivienda y reales oportunidades de acceder a la educación y la cultura, son derechos humanos fundamentales. Lo creemos así porque, como demócratas, somos humanistas y como humanistas, asumimos que nuestra opción económica no puede desentenderse de los postergados.

El compromiso del crecimiento con equidad es también un imperativo de pragmatismo o de la más imprescindible prudencia política. La experiencia enseña que para que la democracia sea estable, en cualquier parte y especialmente en nuestro continente, es preciso derrotar la pobreza.

Miramos hacia el futuro con la convicción de que estamos frente a una gran oportunidad: la de llevar adelante un proyecto que combine la democracia política con el crecimiento económico y con la equidad social. Estos elementos no han estado asociados en nuestra historia, porque en distintas épocas se ha privilegiado a uno u otro.

Por ello, el gran desafío actual de nuestras naciones es hacer plenamente compatible la participación democrática, con un desarrollo que asegure crecimiento sostenido y justicia social. Chile está probando que ello es posible.

Estimadas señoras y estimados señores:

Agradezco de todo corazón la distinción con que el Instituto para las Américas me ha honrado. Soy un político chileno que desde hace muchos años, desde que era un joven estudiante, ha sentido una profunda vocación por la justicia y por la libertad. A ellas he dedicado mi vida. Hubo tiempos en que estos ideales parecían esfumarse. Hoy, en cambio, tengo renovada fe en que la voluntad compartida de todos los demócratas de América brindará un

futuro mejor para nuestros hijos.

Hago votos para que la democracia se consolide y brille en todo el hemisferio; para que se difunda la conciencia de que consolidar un régimen democrático es hacerse cargo de nuevos desafíos económicos, pero también de la complejidad social que comporta sacar a nuestros países adelante; para que, en fin, los demócratas del norte y del sur sigamos compartiendo la misma pasión por la democracia que nos hace respetarnos en nuestras particularidades.

Los invito a levantar nuestras copas por estos ideales.

Muchas gracias, salud.

* * * * *

SAN DIEGO, 11 de Mayo de 1992.

MLS/EMS.